ALEGORÍA BÍBLICA E HISTORIA DE LA SALVACIÓN EN *EL ÁRBOL DE LA VIDA* DE JOSÉ DE VALDIVIELSO

A N. K., J. P. y A. R. con amor.

En un artículo reciente estudié algunos aspectos importantes de la tradición del tema del árbol de la vida antes de Valdivielso.[1] Ahora centro mi atención en su bello auto *El*

[1] *Varia hispanica. Homenaje a Alberto Porqueras Mayo.* Ed. por J. L. Laurenti y V. G. Williamsen (Kassel: Edition Reichenberger, 1989), pp. 125-135. A la bibliografía allí incluida creo conveniente añadir aquí la siguiente de gran utilidad: F. Marcos Rodríguez, «El 'Dialogus libri vitae' del Arzobispo Jiménez de Rada», *Salmanticensis,* 9 (1962), 617-622. Jaume Ferrer de Blanes. *Meditació o contemplació sobre lo santissim loch de Calvari,* incluido después de *Sentencias catholicas del divi Poeta Florenti... y Letras reales* (Barcelona: Carles Amorós, 1545), ed. facsímil en Barcelona, 1922. Antonio de Aranda, *Verdadera información de la Tierra Sancta* (Toledo: Juan Ferrer, 1550). *Idem, ra información de la Tierra Sancta* (Toledo: Juan Ferrer, 1550). Idem, *Loores del dignísimo Lugar de Calvario* (Alcalá de Henares: Joa de Brocar, 1551). Fray Luis de Granada, cuya tercera parte del *Símbolo de la fe* se describe así: «Va esta tercera parte dividida en tres tratados principales. En el primero se trata de los frutos del árbol de la sancta Cruz...» Juan de la Puente, *Arbol de la vida* (Alcalá: 1572). Santa Teresa de Jesús escribió dos poemas titulados «Loas a la cruz» y «La cruz». Véase su *Obras completas* de Santa Teresa de Jesús. Ed. de Efrén de la Madre de Dios y Otger Steggink. 2 ed. (Madrid: Editorial Católica, 1967), p. 503. *Descriptiones Terrae Sanctae ex saeculo VII, IX, XII et XV.* Herausgegeben von Titus Tobler (Leipzig, 1874). Reedición en Hildesheim: Olms, 1974. La obra del famoso espiritual italiano Ubertino da Casale, *Arbor vitae crucifixae Jesu* (Venecia, 1485) tuvo en España

árbol de la vida.[2] La pieza es un buen ejemplo del éxito con que algunos de nuestros dramaturgos adaptaban a las necesidades del teatro el método tipológico que desde antiguo se había usado en la interpretación de la Biblia. Los autores del Nuevo Testamento insisten en que Cristo, sus enseñanzas y muchas cosas relacionadas con su obra estaban ya anunciadas y prefiguradas en personas, hechos y cosas del Antiguo Testamento. Por ejemplo, Isaac cargado con la leña del sacrificio (Génesis 22, 6) se consideraba tipo o prefiguración de Cristo con la cruz a cuestas; el cordero del sacrificio (Exodo 12);

---

dos traducciones, aunque ninguna se imprimió. San Juan de la Cruz lo recomendaba a sus amigos sacerdotes, en Juan de Avila, *Obras completas.* 6 vols. Ed. crítica por L. Sala Balust y F. Martín Hernández (Madrid: Editorial Católica, 1970), V, p. 772, René Guénon, *Symbolism of the Cross.* Translated by Angus Macnab (London: Luzac and Co., 1958). Maurice H. Farbridge, *Studies in Biblical and Semitic Symbolism* (New York: Ktav Publishing House, 1970). Ephrem Dominique Yon, «Le symbole et la Croix» en Stanislas Breton, *et al., Le mythe et le symbole de la connaissance figurative de Dieu* (Paris: Editions Beauchesne, 1977), pp. 125-153. Moshe Lazar, «La légende de 'l'arbre de Paradis' ou 'bois de la croix'» en *Zeitschrift für romanische philologie,* 76 (1960), 34-63. Roger Cook, *The Tree of Life; Image for the Cosmos* (London and New York: 1974). Esther Casier Quinn, *The Quest of Seth for the Oil of Life* (Chicago: University of Chicago Press, 1962). En los Archives for Research in Archetypal Symbolism de la Carl G. Jung Foundation de New York se encuentran muchísimas reproducciones iconográficas del árbol de la vida desde mucho antes de la era cristiana hasta por lo menos el siglo XV. No me resisto a incluir aquí el siguiente detalle. En el primer canon del concilio XVI de Toledo se reitera la condenación «de los adoradores de ídolos, veneradores de piedras, fuentes ó árboles» en M. Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles,* 2 vols. (Madrid: Editorial Católica, 1956), I, p. 346. El tema del árbol de la vida aparece con mucha frecuencia en autores posteriores a Valdivielso y continúa hasta nuestros días, aunque desprovisto con frecuencia del contenido espiritual que hemos visto. En 1985 se publican por lo menos dos novelas, una en catalán y otra en inglés con este título: Rosa Fabregat, *Pel camí de l'arbre de la vida. Novel.la* (Barcelona: Portic); Hugh Nissenson, *The Tree of Life* (New York: Harper and Row).

[2] Sigo el texto publicado en José de Valdivielso, *Teatro completo.* 2 vols. Ed. y notas de Ricardo Arias y Robert V. Piluso (Madrid: Isla, 1975-77), I, pp. 513-551.

1-13), tipo de Cristo crucificado; el maná (Exodo 16, 4-15), de la Eucaristía, etc.[3]

La premisa básica de este método es que Dios es señor del tiempo. El devenir de la historia refleja su deseo de manifestar a los hombres su amorosa voluntad mediante un método pedagógico que procede de lo fácil a lo difícil, de lo oscuro a lo claro, de lo imperfecto a lo perfecto, de lo material a lo espiritual. Esta visión providencial de la historia es eminentemente dinámica: cada fase es más perfecta que la anterior, y es a su vez anuncio, tipo o prefiguración de la siguiente a la cual tiende dinámicamente, como tiende lo imperfecto a su perfección.

En *El árbol de la vida* Valdivielso dramatiza la relación dinámica entre el árbol de la vida del paraíso (Génesis 2, 9), y el árbol de la vida del que era tipo y figura, es decir, Cristo crucificado y triunfante y, por extensión, la cruz. El período entre ambos árboles (tipo y antitipo) coincide con la historia de la salvación humana, es decir, va desde el paraíso (o su pérdida por Adán y Eva) hasta la redención de Cristo (o instauración del nuevo y superior paraíso por El), y su continuación en la Iglesia. Valdivielso presenta la historia espiritual del pueblo escogido en tres momentos decisivos —caída, arre-

---

[3] Las palabras tipo, figura, alegoría, parábola, aparecen como sinónimas en algunos escritos del Nuevo Testamento y en los comentaristas posteriores de la Biblia. Tipo, en el sentido etimológico, significa modelo, patrón, imagen. Los exegetas lo usan para indicar cosas, personas o acontecimientos que son modelo o patrón de otras, las cuales son el antitipo. Como la Biblia es el desarrollo progresivo de la revelación de Dios, entre el tipo y el antitipo hay siempre una relación de menos a más, de incompleto a completo, de oscuro a claro. El tipo es imperfecto con relación al antitipo. El tipo es el diseño; el antitipo es el cuadro terminado. Véase Manuel de Tuya, O.P. y José Salguero, O.P. *Introducción a la Biblia.* 2 vols. (Madrid: Editorial Católica, 1967), II, pp. 108-135 sobre el sentido típico, donde se encuentra también abundante bibliografía. Muy importante es el estudio de Erich Auerbach, «Figura», cuyo original en alemán se publicó en 1944. La trad. inglesa está incluida en su *Scenes from the Drama of European Literature* (Gloucester, Mass.: Peter Smith, 1973), pp. 11-76.

pentimiento, perdón— mediante la personificación de ideas, cualidades y elementos espirituales. Las referencias cada vez más explícitas a lo largo del auto al antitipo (Cristo) van dando forma, unidad y belleza a la acción de la obra. Para mejor entender el auto creo será útil recordar los siguientes detalles: Dios prohibió terminantemente a Adán y Eva comer del árbol de la ciencia del bien y del mal, pero no así del árbol de la vida. El nombre de árbol de la vida, su situación en el centro del paraíso,[4] y otras referencias que a él se hacen en la Biblia han hecho que ya desde muy antiguo se atribuyese a su fruto la propiedad de preservar indefinidamente la vida.[5] Así, San Agustín en *La ciudad de Dios.*[6]

Los comentaristas de la Biblia establecen pronto el sentido tipológico y prefigurativo que el árbol de la vida tiene con la cruz de Cristo y con Cristo mismo. Por otra parte, desarrollan también una relación tipológica antitética entre el árbol de la ciencia del bien y del mal (por el cual se introdujo el pecado y la muerte) y el árbol de la cruz (por el cual el

---

[4] En las Biblias consultadas no hay unanimidad en la versión de Génesis 2, 9. Unas colocan el árbol de la vida en el centro del paraíso, otras el árbol de la ciencia del bien y del mal. No pocos autores confunden un árbol con otro. En el *Aucto del peccado de Adán* dice Angel: «Porque comistes los dos / con mano tan atrevida / del árbol de eterna vida / que os destierre manda Dios», en Léo Rouanet, ed. *Colección de autos, farsas y coloquios del siglo XVI.* 4 vols. (Barcelona-Madrid, 1901). Reimpresión en Hildesheim-New York: Georg Olms Verlag, 1979, II, p. 148, versos 452-456. La confusión es completa en Don Juan Manuel: «Mas defendióles que de vn árbol, que era en medio del Parayso et llamauan árbol de vida, que quiere dezir saber bien et mal, que de aquel non comiesen, ca luego...» *Libro de los estados,* I parte. Cap. XXXVIII en sus *Obras completas.* 2 vols. Ed., pról. y notas de José Manuel Blecua (Madrid: Gredos, 1982-83), I, p. 258.

[5] Véase mi artículo «Antecedentes...» citado en la nota 1.

[6] Para las obras de san Agustín cito según Sancti Aurelii Augustini, *Opera omnia.* Opera et studio monachorum ordinis sancti Benedicti (Parisiis: Apud Gaume Fratres, 1836). Esta idea está en el Tomo VII, p. 546, columna B.

hombre fue perdonado).[7] La desobediencia de Adán y Eva tiene consecuencias trágicas para ellos y sus descendientes: son expulsados del paraíso, se les prohíbe comer del árbol de la vida y quedan condenados a muerte.[8]

El auto comienza apenas expulsado el hombre, cuando está todavía a la puerta misma del paraíso. Adán, «ignorante y ciego» (verso 2) trata desesperado de volver a entrar al paraíso, pero se lo prohíbe un querubín con espada de fuego (Justicia). La acción comienza, pues, antes que el diálogo. El primero que habla es Misericordia, personificación del amor compasivo de Dios, que ni en este momento de castigo ejemplar se aparta del Género Humano. Es un detalle que sienta desde el principio el tono de la obra. Género Humano quiere recobrar lo mucho que perdió, lamenta su destierro, condenado a degradante trabajo, simbolizado por el azadón que lleva. Justicia le amenaza de muerte, prometiendo perseguirle hasta cobrar de él o de otro la deuda por su pecado original.

Misericordia, Justicia y Género Humano son los personajes más importantes.[9] Misericordia guía sabia y amorosa-

---

[7] San Pablo es el primero que desarrolla con profundidad y elocuencia la relación Adán-Cristo (nuevo Adán). Véase Fernand Prat, S.J., *The Theology of Saint Paul.* 2 vols. Translated by J. L. Stoddard (New York: Benziger Bros., 1927), II, 171-179. El árbol de la ciencia y la cruz aparecen relacionados en los textos de la liturgia de la fiesta de la cruz, en muchísimas leyendas sobre la cruz, y en innumerables textos literarios. Valdivielso lo menciona también en este auto, versos 857-882 y 1298-1301. Santo Tomás de Aquino dice que el árbol de la vida no era la causa principal de la inmortalidad, sino que ayudaba a propagarla. Según él, la inmortalidad no se puede considerar como algo natural debido al árbol de la vida, sino como algo gratuito debido al poder dado al alma más allá de la naturaleza. Véase su *Segundo libro de las sentencias,* d. 19, q. 1, a. 2 sol.

[8] En su obra *Dos libros en contra del enemigo de la fe y de los profetas,* ed. citada, Tomo VIII, columna 865.

[9] Misericordia y Justicia son personajes frecuentísimos en el teatro anterior a Valdivielso. Son una manifestación parcial de un tema más amplio, el de las cuatro hijas de Dios, que arranca de los versículos 11 y 12 del salmo 84: «Misericordia et veritas obviaverunt sibi; justitia et pax osculatae sunt. Veritas de terra orta est, et justitia de coelo

mente a Género Humano. La iniciativa es de Misericordia, pero el consentimiento de Género Humano es absolutamente ne-

---

prospexit». La exégesis cristiana elabora ricamente este texto. San Agustín, en su libro *Sobre el Génesis contra los maniqueos* dice lo siguiente: «No fue injusto el castigo de impedir la entrada a la sabiduría hasta que la misericordia de Dios reviviese al que estaba muerto», ed. cit., Tomo I, col. 1098. Justicia y misericordia aparecen juntas en seis obras de la *Colección* editada por L. Rouanet, ob. cit., I, 152; II, 186; 330; III, 67, 329, 346. En Valdivielso las encontramos, a veces con otros nombres, en *El villano en su rincón*, 473-560; *El fénix de amor*, 1286-1489; *Las ferias del alma*, 1320 y sigs.; *La serrana de Plasencia*, 1160 y sigs; *El ángel de la guarda*, 3044 y sigs. Sobre el tema de las cuatro hijas de Dios pueden consultarse con provecho a Hope Traver, «The Four Daughters of God: A Mirror of Changing Doctrine», *PMLA* 40 (1925), 44-92, y S. C. Chew, *The Virtues Reconciled. An Iconographic Study* (Toronto, 1947). Edward M. Wilson y W. F. Hunter han comentado con erudición dos casos concretos de su aparición en el teatro español, en Fray Ignacio de Buendía, *Triunfo de llaneza*. Comedia inédita del siglo XVI. Edición y estudio de E. M. Wilson (Madrid: Ediciones Alcalá, 1970), p. 22; y *El auto de la univeral redención*. Edited by W. F. Hunter (Exeter: University of Exeter, 1976), pp. XLII-XLV, LXXVI-LXXIX. Hunter menciona las semejanzas entre el auto anónimo y el de Valdivielso. El tema no podía faltar en la literatura religiosa. Fray Juan de los Angeles dice que «Francisco Somnio, varón gravísimo (*Tractatu* [*sic*] *de Passione Domini*, cap. 6), recogió de San Agustín, San Bernardo, Haymón y otros padres de la Iglesia una como disputa forense entre las divinas virtudes Sabiduría, Justicia, Misericordia, Verdad y Paz, sobre la salud y remedio de los hombres», en el cap. II de su *Libro Primero del vergel espiritual del alma religiosa*, incluido en sus *Obras místicas* anotadas y precedidas de una introducción bio-bibliográfica. 2 vols. (Madrid: Bailly-Baillière, 1912), I, p. 489b. Y el mismo Fray Juan de los Angeles procede luego a desarrollar el mismo tema siendo las protagonistas Justicia y Misericordia, ibíd., pp. 489-491. Y el cap. XXI, ibíd., p. 562 y sigs. W. F. Hunter cita el libro de Francisco Hernández Blasco, *Vniversal redempción, passión, muerte y resurrección de Iesu Christo*, del año 1589, el cual presenta en los tres primeros cantos la disputa entre las cuatro virtudes «las hijas de Dios» (véase su ed. de *El auto de la universal redención*, ob. cit. Son también de interés: Silvio Sirias, «En torno al tema de la misericordia en *Los cabellos de Absalón*», *Bulletin of the Comediantes*, 39 (1987), 259-271; y M. Peinador, «Misericordia, justicia et veritas», *Ilustración del clero*, 38 (1945), 136-140; 179-182; 207-214; y F. de Mello Moser, «Misericórdia na tradiçâo dramática medieval e renacentista» *Biblos*, 57 (1981), 437-465.

cesario. La desobediencia causó su lastimosa condición; la obediencia a Misericordia lo llevará a un estado más eminente que el primero. Por otra parte, hay que satisfacer también las legítimas exigencias de Justicia. El que se burla de la ley, merece castigo. Justicia, igual que Misericordia, es un atributo de Dios, y en Dios tiene que haber acuerdo, unidad y armonía. La dinámica interior del auto consiste en la búsqueda de una solución satisfactoria y aceptable para ambas.

El problema que aquí dramatiza Valdivielso es el conflicto central de la historia de la salvación: cómo satisfacer las exigencias de una justicia divina ultrajada por el delito original, sin impedir con ello la acción del amor infinito de Dios hacia sus criaturas. San Pablo trata elocuentemente de ello en la Carta de los Romanos, 3, 21-26: cómo respetar escrupulosamente por igual todos los atributos de Dios, su justicia lo mismo que su misericordia, en la redención del hombre.[10]

La presentación del problema y su eventual solución en el triunfo final de Misericordia los encauza Valdivielso dentro de la relación dinámica ya mencionada entre tipo (árbol de la vida corporal en el paraíso) y antitipo (árbol de la vida espiritual y eterna que es Cristo). El ritmo ágil de este primer apartado (versos 1 al 108) se mantiene luego a lo largo de todo el auto.

El pecado original llevó a Género Humano a un estado de desesperación, de locura moral («que en tal desdicha ser cuerdo / será señal de ser loco» 19-20), y sobre todo de ceguera. La rigidez de Justicia, por su parte, la lleva a la ceguera de la retribución. Será, pues, Misericordia la que guía la acción a un final que ni Género Humano ni Justicia pueden sospechar. El árbol de la vida o su fruto se mencionan varias veces en este apartado. Género Humano lamenta su pérdida (9), y se propone volver a buscarlo (40-43). Justicia le dice que jamás lo conseguirá (45-46). Misericordia le dice que se lo han vedado por su bien (47-48), pero le promete llevarlo a las puer-

[10] Véase Fernand Prat, S.J. *The Theology...*, ob. cit., I, 205, 207, y II, 77, 214-215.

tas «de parayso mejor / y mejor árbol de vida» (61-62). Esta promesa tiene un efecto saludable en Género Humano, como lo muestra la pregunta, «¿Qué he de hazer para boluer / en mis dichas a viuir?» (77-78). La pregunta supone un cambio importante, pues implica un deseo de conocer el plan y voluntad de Dios. Misericordia le hace ver su postración: introdujo la muerte en el mundo (95-96), la culpa lo trata como esclavo (89-92), la ignorancia lo enloquece (93-94). Y luego le presenta el programa de acción, repleto de la consabida letanía de sacrificios y sufrimientos (79-99) «mientras que yo, condolida / de tu no cessante guerra, / busco en la tierra la tierra / que lleue el árbol de vida» (101-104). Temeroso ante la ida de Misericordia, Género Humano pronuncia tres ayes jaculatorias, actos de arrepentimiento y petición de ayuda, que merecen de Misericordia una ulterior promesa: «Tras essos ayes / voy a hazer que baxe Dios» (107-108).

El final del primer apartado ofrece un fuerte contraste con el principio. Ha habido un cambio radical en la orientación de la acción. Género Humano, que al comienzo miraba hacia el pasado insistiendo tercamente en regresar al paraíso, acepta luego la tutoría de Misericordia, le pide consejo, da señales de arrepentimiento y mira adelante. No es todavía una conversión total: son sólo los primeras pasos inciertos, pero la orientación es justa y buena.

En los versos 89-96 Misericordia mencionó brevemente a Culpa, Ignorancia y Muerte, enemigos tiranos de Género Humano. Ahora aparecen aquí personificados. El segundo apartado (109-351) tiene dos propósitos principales: exteriorizar la trágica situación espiritual del hombre y precisar el significado teológico de personajes y acciones. La redondilla inicial resume con precisión y belleza el programa propuesto antes por Misericordia, que Género Humano hace ahora suyo: «Venid, villano açadón / mi esperança cultiuad; / la tierra fertiliçad / nuues de mi coraçón» (109-112). En el auto abundan expresiones como estas referentes a las labores del campo llenas de sentido espiritual. El origen es bíblico: a ellas se refiere Dios al arrojar del paraíso a Adán y Eva. Aquí nos

impresiona su congruencia poética. Misericordia anunciaba en los versos 103-104: «Busco en la tierra la tierra / que lleue el árbol de vida». «Tierra» hay que entenderla en sus múltiples significados de lugar geográfico general (el mundo) o concreto (Palestina), cada miembro del pueblo escogido, su representante eximio (la Virgen María), o la humanidad entera.

Género Humano hará lo que pueda para que esa tierra esté lista para el árbol de la vida. Con el azadón del dolor cultivará su esperanza; con las lágrimas de su corazón arrepentido fertilizará el suelo. El éxito de la alta empresa, la llegada del verdadero árbol de la vida (Cristo), depende de la colaboración de Dios y del hombre, premisa que se repite a lo largo del auto. El presente apartado dramatiza las dificultades que encuentra Género Humano en la realización de esa empresa. Se describe el drama interior del hombre asediado por tres realidades que son consecuencia de su desobediencia: Culpa que afirma «Hijo de tu voluntad / soy, hombre, y de tu deseo» (166-167) y que existe porque el hombre pecó (187); Muerte, que se introdujo subrepticiamente con la Culpa; e Ignorancia, hija de Culpa (194).[11] Ignorancia es aquí sinónimo de ceguera espiritual, consecuencia de Culpa. Hace también el papel de gracioso. Sus bromas y retruécanos provocan a veces la risa, una risa amarga que subraya la situación trágica del hombre. De estos tres personajes, el más complejo y difícil de entender es Muerte. Consecuencia y concomitante de Culpa, ella misma se define como «Quie[n] no es» (212). Ejecutora de la sentencia de muerte decretada por Dios contra Género Humano (128). Y, sin embargo, tiene algo paradójicamente positivo que ella misma se esfuerza por hacer entender a Género Humano: El comprender lo que dice es esencial para entender el sentido espiritual del auto y, claro, el sentido cristiano de la vida.

---

[11] Según santo Tomás «el pecado original es una disposición desordenada que es consecuencia de aquella disolución de la armonía que constituye la justicia original», *Suma teológica*, I-II, q. 82, a. 1, resp.

Los versos 248-271 son de densa doctrina que trataré de resumir ahora. Mencioné ya que el fruto del árbol de la vida prolongaba indefinidamente la vida del hombre. En la ceguera inicial después de la caída, Género Humano, víctima ya de Ignorancia, es incapaz de comprender el lazo causal entre muerte espiritual y corporal. Por eso insiste en regresar al paraíso para comer la fruta del árbol de la vida. Había olvidado las palabras de Misericordia: «Por tu bien te la han vedado / y tú por tu mal la quieres» (47-48). Pero si la Muerte es una consecuencia de la Culpa, ¿cómo puede ser buena? La solución está en la siguiente distinción que se debe tener presente: la fruta del árbol de la vida conservaba indefinidamente la vida en el estado de felicidad original. Es decir, era algo bueno y deseable. Después de la caída, la prolongación de la vida equivaldría a una prolongación y empeoramiento indefinidos de las miserias del hombre. Muerte concluye estos pensamientos con unos versos de gran fuerza y belleza: «si no murieras, pecaras / más, con que más le indignaras [a Dios], / más su bondad ofendiendo. / Consuélate en tu cayda / conmigo, y atento aduierte / que la vida sin la muerte, / fuera muerte de por vida» (253-259).[12] Mirada cristianamente, la muerte puede ser un consuelo. Es, además, merced de Dios

---

[12] San Efrén Sirio (308?-373) expone ideas muy semejantes que parafraseo aquí: Como habían sido condenados al trabajo, al sudor, a la miseria y al dolor, Dios les prohibió comer de aquel árbol para que no sucediese que al comer de aquel árbol viviesen para siempre y permaneciesen para siempre en esa vida trabajosa. Y les prohibió acercarse al árbol de la vida para que aquel don de vida no se convirtiese para ellos en maldición, de forma que les fuese peor comer ahora del árbol de la vida que el haber comido del árbol de la ciencia, pues el comer de aquél les acarreó miserias temporales, mientras que el comer de éste las hubiese hecho eternas. Véase Sancti Ephraem Siri, *In Genesim et in Exodum Commentarii.* Edidit R. M. Honneau (Louvain: Imprimerie orientaliste, 1955), p. 35. Y Diego García expresa así este pensamiento: «Si el hombre viviese eternamente, pecaría eternamente. Y si pecase eternamente, sería castigado eternamente» en su *Planeta* (Obra ascética del siglo XIII). Ed., introd. y notas por el P. Manuel Alonso, S. I. (Madrid: C. S. I. C., 1943), p. 451. La traducción es mía.

(262), que restituirá al hombre no ya a su ser antiguo sino a otro mejor (265-267): «Grano de trigo será / que, muerto, renacerá / de mis armas vencedor». Estas son palabras proféticas, referidas no tanto a Género Humano como al hombre por antonomasia, a Cristo. Queda ya aquí apuntado el desenlace. Con la mención del trigo el auto comienza a asumir un carácter eucarístico. Pero el camino es largo y, mientras, Género Humano comerá «pan de dolor» y beberá «vino...aguado» (292-294).

Género Humano no es capaz de captar el alcance de este cuadro deslumbrador que le presenta Muerte. Vive en un estado caótico que ha extendido al cosmos entero, bellamente simbolizado por los cuatro elementos tradicionales —tierra, agua, aire y fuego— aquí sólo mencionados pero ampliamente desarrollados más adelante, que también se rebelan contra él (145-147). Culpa, Muerte e Ignorancia, desavenidas entre sí, se aúnan sin embargo, para vengarse del hombre. Esta venganza (351) no carece de valor positivo, expresado de nuevo por Muerte. Se ensañan contra Género Humano «porque escarmentado vea / su engaño y su desengaño» (346-347). Las miserias que le acarrean son una especie de programa pedagógico que le llevará del engaño a la verdad, de la oscuridad a la luz. La tarea no es fácil pues Género Humano añora todavía el antiguo árbol de la vida (250, 302).

El tercer apartado (352-479) es casi todo una disputa ágil y briosa entre Misericordia y Justicia,[13] que pone de manifies-

[13] Dice R. Menéndez Pidal: «La disputa como armazón para desarrollar un tema literario, pertenece a la literatura universal», en «Elena y María», parte de *Tres poetas primitivos* (B. Aires: Espasa-Calpe, 1948), p. 13. Las disputas más conocidas de las literaturas romances son las de la Edad Media. Véase F. López Estrada, *Introducción a la literatura medieval española.* Tercera ed. (Madrid: Gredos, 1966), pp. 259-262, con buena bibliografía. También J. J. de Bustos Tovar, «Razón de amor con los denuestos del agua y el vino», en *El comentario de textos,* IV: *La poesía medieval* (Madrid: Castalia, 1984), pp. 53-83. Puede consultarse con provecho U. T. H. «Poetic Contests», en Alex Preminger, ed, *Princeton Encyclopedia of Poetry and Poetics* (Princeton: Princeton University Press, 1974), pp. 626-627. La disputa fue uno de los métodos

to el conflicto que el pecado causó en la mente de Dios: Misericordia busca el perdón y la redención: Justicia, siempre severa, el cumplimiento de las sanciones divinas. El apartado es rico en contenido teológico.

La posición de Justicia es fácil de defender pues se apoya en una premisa de derecho básico: a tal ofensa, tal castigo. Como dice ella: «Pague el hombre lo que deue» (374). El perdonarle no tendría sentido alguno: la ley es la ley. Misericordia decide acudir directamente a Príncipe (Cristo) (382-383), pues ha advertido en él inclinación al perdón (386-387). Justicia pregunta entonces perpleja: «¿Querrá Dios no cobrar / sus deudas?» (388-389). La pregunta es importante. No cobrarlas sería una contradicción, pues iría contra la justicia de Dios misma y Dios no puede ir en contra de sus propias leyes. El castigo es, pues, ineludible. Misericordia está de acuerdo con esta manera de razonar (389). Y Justicia concluye lógicamente que como Género no tiene con qué pagar (391) será condenado a muerte eterna.

Cuando Justicia se cree victoriosa, introduce Misericordia un nuevo elemento, el amor, que hace posible otra solución. Justicia lo rechaza, pero se confiesa incapaz de impedirlo. Sólo insiste en afirmar su derecho a una satisfacción completa por las ofensas del hombre, sea quien fuere el que pague. Si Príncipe quiere pagar por el hombre, la victoria de Justicia será entonces tanto mayor (411). Misericordia acepta y afirma contundente: «Dios al mundo a de bajar» (416). Esto no tiene sentido alguno para Justicia.

La palabra escogida por los teólogos para expresar la congruencia o falta de ella de la redención, era *convenir*. Justicia insiste en que la encarnación de Príncipe no tiene sentido, no

---

más favorecidos en la enseñanza de la filosofía y de la teología cristianas durante la Edad Media y épocas posteriores. Véase Martin Grabmann, *Die Geschichte der scholastischen Methode*. 2 vols. (Berlin: Akademie-Verlag, 1957), I, 138, 318, y sobre todo II, 16-21. Disputas semejantes se encuentran en otros autos de Valdivielso y de otros autores. Véase José Monleón «Los debates: acercamiento al teatro de Calderón» *Primer Acto*, 186 (1980).

conviene (416-425). ¿Cómo puede hacer Dios tal despropósito? Misericordia responde con la fórmula precisa fijada por los teólogos medievales para explicar la congruencia de la redención. Dios lo hace «Porque quiere y porque puede / y conuiene que lo haga» (426-427).[14]

Justicia, inflexible, no se deja convencer, y Misericordia acude entonces a un arma más poderosa, la oración. Las peticiones que hace, tomadas del Viejo Testamento, expresan el deseo de la humanidad caída por un redentor que venga a sacarla de su miseria.[15] A ellas responde Príncipe dos veces: «Ya voy» (463, 471), pero todavía no aparece en escena. Justicia amenaza a Príncipe con la muerte, y Misericordia profetiza la victoria final: «Quando le viere sin vida, / veréle resucitado, / y al hombre, ya perdonado, / comer del árbol de vida» (476-478). La acción queda definitivamente orientada hacia la batalla y victoria final. La mención tan oportuna del árbol de la vida va jalonando bellamente la acción del auto y enriqueciendo su sentido.[16]

---

[14] San Pablo y un sinnúmero de eminentes teólogos han tratado de explicar la conveniencia de la encarnación y el valor redentor de la muerte de Cristo. Las diferentes teorías propuestas tienen como base común el principio de la solidaridad, el cual afirma, entre otras cosas, que ya que la caída fue obra de un hombre (Adán), la redención convenía se llevase a cabo por otro hombre (Cristo). Véase F. Prat, S.J. *The Theology...*, ob. cit., pp. 196-213. Santo Tomás de Aquino, precisamente al principio del tratado sobre la encarnación de Cristo, trata de si fue conveniente que Dios se encarnase, o de si fue conveniente que se encarnase al principio del mundo, para concluir que fue muy conveniente que se encarnase cuando lo hizo (*Suma Teológica*, III, q. 1, a. 1.). También Fray Juan de los Angeles, ob. cit., p. 491 y sgs. La fórmula se usó también muchísimo en defensa de la Inmaculada Concepción. Véase mi artículo «*El nacimiento de la mejor*, de Valdivielso, fuente de *La hidalga del valle*, de Calderón», *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, 52 (1976), pp. 196-197, nota.

[15] Las peticiones son también parte de la liturgia de Adviento, tiempo de preparación para la fiesta de Navidad, y que en la espiritualidad del año litúrgico representa el período del Viejo Testamento, tiempo de preparación para la venida del Mesías.

[16] En Isaías 9, 6 el Mesías es llamado príncipe de la paz. Parece que éste es el texto que Valdivielso tiene en mente. Príncipe aparece

En los versos 143-147 Género Humano aludió a que por su caída había perdido autoridad sobre los cuatro elementos.[17] En este cuarto apartado (480-734) se desarrolla el tema del caos cósmico con gran amplitud. La creación entera está contra él: «todos me desafían» (518). Ignorancia le sugiere mendigar, «pues de todos necessitas» (539), pero él no se atreve. Acude Tierra y le dice que está maldita y que sólo le puede ofrecer abrojos, espinas y sepultura (544-555). Agua le echa en cara el haber amargado sus dulzuras y mancillado su limpieza (568-577). Aire le dará únicamente nieve, granizo y enfermedades (598-599). Fuego no puede ofrecerle más que cometas, relámpagos y rayos (626-629). ¿Qué le cabe, pues, hacer? Ignorancia le sugiere suicidarse (635-636), consejo que rechaza sin más. Como lo creado no le puede ayudar, acude entonces al creador: «Al cielo quiero pedir / sus influencias benignas» (639-640), y prorrumpe en una sentida oración implorando amparo en su desdicha (643-658), y el cumplimiento de las promesas de Misericordia de un nuevo árbol de vida (695-698). Suplica además que «germine la tierra virgen, / bañada de lluuias limpias, / el árbol de vida, el árbol / todo saludes y vidas» (711-714), ansiando que corra veloz el tiempo para que llegue ese día (715-722). La oración se interrumpe con la llegada de Culpa y Muerte que le increpan por estar aparentemente ocioso.

---

como personaje en su auto *La amistad en el peligro.* Antes de Valdivielso lo encontramos en dos autos anónimos. Véase L. Rouanet, ed. *Colección...*, ob. cit., I, 426; III, 34; Fray Luis de León trata con su arte acostumbrado del título «Príncipe de la paz» en la obra *Los nombres de Cristo.*

[17] La bibliografía sobre los cuatro elementos es muy extensa. Para una visión de conjunto del tema en la Edad Media véase Danielle Buschinger, y André Crepin, eds., *Les quatre éléments dans la culture médievale* (Goppinger: Kummerle, 1983), y Jacques Viret, «Le quaternaire des éléments et l'harmonie cosmique d'après Isidore de Séville», pp. 7-23. El importante estudio de E. M. Wilson, «The Four Elements in the Imagery of Calderon», *Modern Language Review,* 31 (1936), 34-47. Y L. López, «El mundo solidario del hombre en el Antiguo Testamento», *Studium,* 5 (1965), 217-271.

En este apartado tenemos de nuevo dos momentos de sentido contrario, pero estrechamente relacionados. En el primero se contempla el cuadro desolador del caos a que Género Humano ha llevado a la creación. En el segundo se presenta la inescapable conclusión a que llega Género Humano: reconocimiento de su propia incapacidad y petición de la ayuda de Dios. Este apartado ocupa el centro del auto. En el anterior, Misericordia había orientado definitivamente la acción hacia la encarnación salvadora de Cristo. En este, describe Valdivielso la conversión definitiva de Género Humano y su libre cooperación. El hombre no es espectador pasivo, sino actor decisivo en su redención. Como dice san Agustín: «El que te creó sin ti, no te justifica sin ti».[18] Los elementos dispersos del auto se van adunando; la solicitud de Misericordia va a dar pronto singulares resultados.

El apartado tercero terminaba con la decisión de Príncipe, repetida dos veces: «Ya voy» (463, 471), pero no aparecía todavía en escena. En el apartado cuarto se asegura el consentimiento y cooperación del hombre en su redención. El quinto (735-953) es la continuación, en cuanto al sentido y también en cuanto a la acción, del debate inconcluso del tercero. La ruptura obedece a que Príncipe esperaba, más aún necesitaba, la conversión definitiva del hombre, ya que no habrá redención si el hombre no quiere ser redimido. Ahora Príncipe aparece en escena aunque todavía no se ha encarnado. Lo que ahora se describe son las deliberaciones que sobre la encarnación de la segunda persona tienen lugar en la mente de la Trinidad. La acción se precipita incontenible desde el principio. Príncipe abre el apartado con tres futuros al irrumpir en escena: «Desharé riscos de nuues, / romperé montes de estrellas, / romperé puertas de bronce / por arrojarme a la tierra» (735-738). Lo esperan Justicia y Misericordia, y el debate se reanuda sin más preámbulos. Príncipe se coloca al lado de Misericordia: perdonará los errores ya confesados,

---

[18] «Qui ergo fecit te sine te, non te justificat sine te», Sermón 169.

asumirá el castigo debido, satisfaciendo así los deseos de venganza de Justicia y los amorosos de Misericordia. ¿Cómo puede ser eso posible? —pregunta Justicia. Y él responde: «Haziendo q[ue] cobre Dios / y que el culpado no muera» (785-786), para lo cual Príncipe se hará hombre. Justicia arguye tercamente que la encarnación va contra el honor de Dios, cuya integridad ella quiere mantener. Y anticipando hechos futuros, pero que están ya presentes en la mente de Dios, se pregunta insistente si no son bajezas el nacer en un establo, el ser azotado, el ser enterrado en sepulcro ajeno (795-820). Al contrario, contesta Misericordia, esas son «finezas de amor» (825). Justicia acude ahora a un recurso muy *ad hominem*, amedrentando a Príncipe con los sufrimientos de la pasión (868-870), pero Príncipe está decidido a afrontar muchos más peligros para remediar la muerte en la que el hombre incurrió al comer del árbol prohibido, procurándole otro que sea para él árbol de vida (875-882).

Príncipe desea que llegue el momento: «Tiempo, con veloces alas / tu curso tardo acelera» (887-888). Misericordia se apresta a prevenirle posada. En Nazaret encontrará —le dice Príncipe— la posada más noble, más limpia, más clara, es decir, a la Virgen María. Ella es la «huerta cerrada» (911) en que se unirán las dos naturalezas. A esa huerta va a transplantar el árbol hermoso «que entre sus ojas y flores / dos vezes seys frutos lleua» (917-918).[19] Esta huerta cerrada es la parcela que Género Humano ha labrado con arduo trabajo y lágrimas, digno suelo para el árbol de la vida. Las referencias a la agri-

---

[19] En *El nacimiento de la mejor*, versos 925-932, Valdivielso se refiere a la Virgen como a paraíso en el que está o del que nace el árbol de la vida, *Teatro completo...*, ob. cit., I, págs. 577 y 591. Ezequiel y san Juan hablan de las hojas, flores y frutos del árbol de la vida. Véase mi «Antecedentes...», citado en la nota 1. Valdivielso alude a los doce frutos que produce, según san Buenaventura en su tratado *El árbol de la vida*. En el auto de Valdivielso *El peregrino*, Verdad urge a Peregrino: «Pide... los doze frutos que lleua / el árbol que es medicina», versos 979-980.

cultura que abundan a lo largo del auto cobran ahora un nuevo y altísimo significado.

Misericordia se asegura a preparar la posada; Justicia, a prevenirle rigores, cruz y muerte (925-926), y Príncipe cierra el apartado con un monólogo que expresa su aprensión ante la gran obra a emprender. Solicita el apoyo del Padre y del Espíritu Santo (933-934), manda apercibirse a Gabriel para su embajada y pide que los cielos le canten la letra «Por aquí me lleva el amor, por aquí que el amor me lleva» (945-946). La música es el medio más adecuado, tal vez único, para dar justa expresión a las intensas emociones del momento. Con la última frase, «Voy a ser árbol de vida, / por dársela al pecador» (951-952), se encauza de nuevo la acción dentro de la alegoría bíblica del auto, reforzando así su unidad estética.

El apartado sexto (954-1329) consta de varios momentos, todos ellos de un ritmo vertiginoso. Lo abre Culpa, perpleja de oír cantar a Género Humano. La música, expresión de la armonía, o es fruto de la felicidad o la anticipa. Siempre cautelosa, sospecha acertadamente que Género Humano «grandes esperanzas tiene / de su soltura y perdón» (960-961). Barrunta que Dios se ha de hacer hombre (976). Se apoya para ello en tres razones: primera, la victoria sobre Culpa prometida a la mujer (Virgen María) en Génesis 3, 15; segunda, el hecho de que las semanas de Daniel están ya casi cumplidas (Daniel 9, 1-4); y tercera, en Nazaret se concibió una niña sin que Culpa tuviese parte en ello.

Culpa se da por fin cuenta de que la encarnación estaba ya claramente anunciada en el Viejo Testamento. Los textos que aduce tienen un claro sentido mesiánico. Sus peores sospechas las confirma en seguida Ignorancia. Acaba de ver a Misericordia poner un niño «entre pajas al yelo», y concluye: «Y yo de que es Dios no dudo / pues se truxo tras sí el cielo» (1012-1013). Además han venido a adorarlo pastores y reyes. Culpa repite de nuevo su amenaza: «Muerte, afila tu guadaña, / y si Dios es hombre, muera» (1026-1027). Culpa y Muerte dejan la escena.

Ignorancia se muestra ahora más sabia que Culpa y Muerte. Se alegra del nacimiento. Sabe que lo matarán, pero también sabe que precisamente en ese momento de aparente derrota, Príncipe «sin pies os alcançará, / sin manos os dará muerte / como vn bocado os acierte» (1034-1036). Cristo, llamado con frecuencia sabiduría divina, ha comenzado a iluminar con su llegada a la ignorancia humana.

En el segundo momento, Género Humano comparte con Ignorancia las alegres noticias de la llegada de Príncipe. Como fondo, cantan cuatro veces «Misericordia». Misericordia es amor, y amor es armonía, y la música es el medio más adecuado para proclamar la armonía que comienza a restaurarse. Aparecen entonces Misericordia y Príncipe «de encarnado» (1057+), es decir, hecho carne. Género Humano le presta homenaje de rodillas con un contrito «Pequé, Señor» (1062). Príncipe le dice: «Quien ama mucho perdona» (1067). Misericordia exclama ufana: «Bien te cumplí mi palabra, / pues al Padre de la boca / se la quité para ti, / y te la baxo muy otra» (1074-1077). El retruécano es un tanto oscuro. Quiere decir que Misericordia (la compasión de Dios), hizo que la Palabra, el Verbo divino, sinónimo de la segunda persona de la Trinidad, saliese de la boca de Dios, y al hacerse hombre añadiese la naturaleza humana a la divina, es decir, apareciese cambiado.

Restaurada la amistad, Príncipe abraza a Género Humano. Es un abrazo de profundo simbolismo: significa el restablecimiento de la unión entre Dios y hombre, entre creador y creación, que hace plausible la invitación de Príncipe al banquete: «Perdonado, has de cenar / conmigo» (1086-1087). Con ello se reanuda el tema eucarístico, no muy elaborado hasta ahora. Esta cena es, en primer lugar, la Última Cena, prólogo de la Pasión, que comienza en seguida con la llegada de Justicia en una nube. Al verla, Género Humano se atemoriza y pide protección a Príncipe. Este se llama a sí mismo laurel y árbol de vida (1110) y bajo sus ramas le protegerá de la nube, si bien sus cortezas serán «por cinco mil partes rotas» (1113). Ignorancia corrobora lo seguro de esa protección con el re-

frán «El que a buen árbol se arrima / le cobija buena sombra» (1108-1109).[20]

La llegada de Justicia es verdaderamente espectacular. Se describe dos veces: en la acotación (1121+), y luego en el parlamento de Misericordia (1122-1141). La apariencia representa el Huerto de los Olivos y «los pasos de la passión» que Misericordia enumera así: «sogas, cruz, açotes, clauos, / lança, hieles y corona» (1136-1137).[21] En medio está la Justicia «con la espada de fuego» (1121+), la misma con que prohibía la entrada al paraíso (32+). El tema de la Pasión lo inició ya Justicia en el apartado anterior tratando de intimidar a Príncipe (795-820, y sobre todo 868-870). En los versos 1082-1093 se aludía claramente a la Última Cena. Ahora se siguen los momentos más importantes de la Pasión: la oración del huerto (1144-1151), y el prendimiento (1152-1201). Justicia hubiese preferido apresar y matar a Género Humano, pero Príncipe no lo permite: «que el hombre no ha de morir / aunque en vn palo me pongas» (1178-1179). Al final del prendimiento hay un momento de conmovedora belleza. Cristo no se deja prender por Justicia sino que ruega a Misericordia que lo prenda y lo lleve, como así lo hace. Valdivielso da así expresión plás-

---

[20] Sobre el uso muy frecuente de refranes en el teatro de Valdivielso, véase mi artículo «Refranes y frases proverbiales en el teatro de Valdivielso», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 81 (1978), 241-288.

[21] El decorado de la apariencia con los instrumentos de la Pasión es un ejemplo más del tema de la Misa de san Gregorio, muy frecuente en la iconografía religiosa de Europa. Alberto Durero la representó en un famoso grabado en madera. Véanse más detalles en Maurice Vloberg, *L'Eucharistie dans l'art*. 2 vols. (Grenoble-Paris: B. Arthaud, 1946), II, pp. 184, 192, 194, 195, 197, 199-208: Louis Réau, *Iconographie de l'art chrétien* (Paris: 1958), II, pp. 614-615. En lo que se refiere a España, véase Manuel Trens, *La Eucaristía en el arte español* (Barcelona: Ayma, S. L. Editores, 1952), pp. 121-129 y 134-140; y Asunción Alejos Morán, *La Eucaristía en el arte valenciano*. 2 vols. (Valencia: Diputación Provincial, 1977), I, pp. 391-393; II, pp. 159-164, y láminas 120-123. Fr. Francesc X. Altés i Aguiló menciona otros tres grabados del tema en «Tres ediciones anónimas del siglo XVI de la escuela espiritual del monasterio de Montserrat» en *Varia bibliographica, Homenaje a José Simón Díaz* (Kassel: Edition Reichenberger, 1988), pp. 35-36.

tica inolvidable a una de las ideas centrales del auto. El sacrificio y muerte de Cristo no son obra de la Justicia, sino de la Misericordia de Dios, si bien es verdad que con su muerte satisface las exigencias de Justicia. Príncipe afirma con su gesto que Dios se alegra de perdonar y le duele castigar (851-858).[22]

En el momento siguiente quedan solos Género Humano e Ignorancia. El resto de la Pasión ocurre fuera de escena, y lo describe Género Humano en un bello romance lleno de metáforas que enriquecen la correspondencia entre los términos de la alegoría bíblica del auto. Primero se describe la crucifixión: «Ya descorteçan el árbol / de vida manos traydoras, / y para curar mis llagas / bálsamo precioso brota» (1218-1221). Luego los portentos del sol y de la luna (1234-1235); la muerte (1238); el terremoto (1242). Las descripciones son breves: urge llegar a la victoria final de la resurrección. Fiel al espíritu del evangelio, Valdivielso presenta la Pasión como necesaria, pero sólo como paso a la victoria de la resurrección.

El terremoto es nuncio de alegría, y los que están dentro, es decir, fuera de escena, presenciando los hechos, gritan unánimes: «¡Victoria, cielos, victoria!» (1245), exclamación que se repite a intervalos otras tres veces (1249, 1261, 1277), mientras Género Humano describe las galas con que se adorna el

---

[22] Diego Sánchez de Badajoz expresa un pensamiento muy semejante en una de sus farsas: «¿Sabéis llo que mos sostiene / y por qué Dios desemula?: / porque avnque justicia ahúla, / mesericordia detiene» en su *Recopilación en metro (Sevilla 1554)*. Ed. de Frida Weber de Kurlat (B. Aires: Universidad de Buenos Aires, 1968), *Farsa en que se representa vn juego de cañas espiritual*, versos 28-31. La reconciliación de Justicia y Misericordia, principios tan contradictorios en apariencia, es posible dentro de la perfección infinita de Dios. Como dice Prat: «Precisamente por ser transcendental, la perfección infinita puede incluir contrastes que serían contradictorios en un ser finito. Lejos de excluir la misericordia, la ira de Dios la presupone y la completa», en F. Prat, S. J. *The Theology...*, ob. cit., p. 214. Traducción mía. Consúltese además Ewert Cousins, *Coincidence of Opposites: The Theology of Saint Bonaventure* (Chicago: Franciscan Herald Press, 1977).

mundo para recibir a Príncipe victorioso: «Floreció el árbol de vida / ..... / Floreció como la palma / entre cuyas rubias hojas / se ven cálizes pendientes / y se ven pendientes hostias» (1258, 1262-1265). Así comienza la descripción del cuadro final, de gran belleza doctrinal y plástica, momento de síntesis y reconciliación, de restablecimiento del orden, de corrección del caos, todo presidido por la figura gloriosa y triunfante de Príncipe. Justicia y Misericordia aparecen reconciliadas (1270-1273). La acotación expresa magistralmente la belleza y el sentido del decorado: «En lo alto, el Príncipe arrimado a vn árbol formado de oliuas y palmas, y pendientes dél cálizes y hostias; y en la mano vn cáliz con vna hostia; y la Misericordia y la Iusticia, cruzadas la espada y la oliua; la Culpa y la Muerte a sus pies encadenadas» (1277+). El cuadro hay que entenderlo como contrapunto del anterior en que se describían los pasos de la Pasión. En su parlamento final Príncipe nos da el sentido de la obra de la redención, la elaboración poética final de la tipología del auto, y un programa de vida para el hombre de hoy. Comienza con una exclamación: «¡Hombre amado, al parayso / que perdiste, alegre torna!» (1278-1279). El nuevo paraíso, la Iglesia, es superior al otro.[23] En él no hay serpientes, «sino saludables drogas», es decir, los sacramentos. En vez de Eva, se nos da la Virgen, «Buelto en Aue el no[m]bre de Eua» (1292). En vez de los animales, huestes de ángeles. Y, luego, la afirmación de más importancia, tanto para el contenido doctrinal como para la alegoría bíblica que se viene desarrollando: «En vez del árbol vedado / con las mançanas dañosas, / soy el árbol de la vida / que, no vedado, me comas» (1298-1301). El tercer y cuarto versos son de una fuerza extraordinaria. Príncipe afirma ser él

[23] Escritores tan antiguos como Orígenes (185?-254?) y san Cipriano (200?-258) se refieren a la Iglesia como al nuevo paríso. Según ellos, la Iglesia es un vivero de justos sostenidos por la gracia divina del bautismo y con la ayuda de los evangelios, prefigurados en los cuatro ríos del paraíso. Lo mismo que en el paraíso, en el centro de la Iglesia está el árbol de la vida, la cruz, es decir, Cristo. Véase Jean Daniélou, *Les symboles chrétiens primitifs* (Paris, 1961), pp. 38-42.

mismo el árbol de la vida, y ruega que coman su fruto, la eucaristía.[24]

Lo mismo que al final de muchísimos autos, aparece claramente el propósito didáctico y hortatorio del género. Los autos son creaciones literarias pero se proponen también enseñar y, sobre todo, mover las voluntades de los oyentes a la práctica religiosa del mensaje. El contenido del auto no es algo remoto, sino de inmediata relevancia para los espectadores. Autor y auditorio se saben comprometidos en la acción de la pieza. Los versos finales de muchísimos autos insisten en ello hasta la saciedad. Examinemos el caso presente. El verbo comer tiene en muchos autos el sentido de comulgar. En los últimos 28 versos de éste aparece seis veces, todas sinónimo de comulgar. Valdivielso quiere inculcar la obligación, la conveniencia y las ventajas de hacerlo. Cristo se hizo árbol de la vida para que el hombre coma su fruto (1301), un fruto que «endiosa» (1309). Príncipe le dice a Género Humano que en su cena «comerás cielos y glorias» (1313). Género Humano se decide a hacerlo e invita también a Ignorancia: «¡Amigo, ven a comer!» (1318), aconsejándole que ante tales misterios «comer y callar importa» (1323), consejo que Ignorancia hace suyo: «Quiero comer y callar» (1324). Manjar tan exquisito lo encuentra hoy Género Humano en la Iglesia, como le dice Príncipe (1310-1313). La invitación va también dirigida a cada espectador o lector. Es interesante ver cómo el misterio de la redención, explicado con cierto detalle en el auto, se reduce aquí a sus elementos esenciales, aplicados a cada individuo en su situación presente: caída, arrepentimiento,

[24] Algunos comentaristas presentan a la cruz como el antitipo del árbol de la vida, basándose en la identidad de materia (madera). Hay otros que presentan a Cristo. En este auto Valdivielso prefiere esta correspondencia. La razón, más que poética, es profundamente espiritual. La cruz es sólo instrumento, medio, para la victoria. Más importante que la cruz es el crucificado. Sin embargo, en otros autos, el mismo Valdivielso identifica a la cruz con el árbol de la vida: *La locura*, verso 1020; *Los cautivos libres*, versos 1176-1177; *La amistad en el peligro*, versos 924-925.

perdón-redención, y comunión. En los sacramentos, la Iglesia dispensa los frutos del nuevo árbol de la vida. Este es el nuevo orden de cosas querido por Dios.

Conclusión. El tema del árbol de la vida es expresión de una de las aspiraciones más básicas del hombre: evitar la muerte, perpetuar la vida. En la tradición bíblica, después de la caída de Adán, la Biblia se fija en la vida espiritual eterna, la vida del alma en el cielo. La belleza del presente auto está, a mi modo de ver, en el acierto con que Valdivielso va vertiendo una serie de conceptos teológicos sobre las consecuencias del pecado original y la posibilidad y conveniencia de la redención en el molde poético de la alegoría bíblica. Expresión poética y contenido doctrinal están perfectamente fundidos. La alegoría se elabora y enriquece en cada momento sucesivo. Los motivos se van preparando y anticipando sutilmente. La unidad poética es altamente satisfactoria. Impresiona también el dinamismo de la acción: ritmo acelerado, ímpetu incontenible, pero sin estridencias, urgencia hacia una solución adecuada a la miseria del hombre, todo presidido y dirigido por Misericordia. El decorado escénico es de gran acierto, sobre todo la escena final que, como en tantos otros autos, hay que entender en su doble aspecto de culminación de la acción dramática presente, y también como anticipación y trasunto del banquete final en la gloria futura del cielo. La eucaristía además de alimento aquí en la tierra es, como dice la antífona, «prenda de la gloria futura». El nuevo paraíso instaurado por Cristo en su Iglesia es una realidad definitiva pero velada bajo los signos de los sacramentos y en espera de la revelación en el cielo donde veremos a Dios cara a cara (1 Cor. 13, 12). El final de no pocos autos refleja este doble carácter: en su esplendor apoteósico celebran el triunfo de la redención aquí en la tierra y anticipan su consumación en el cielo.

RICARDO ARIAS
Fordham University